

*Platón «Crátilo»:
Diálogo antiguo con los sofistas modernos
(Nombres verdaderos y nombres falsos)*

*Plato «Cratylus»:
An ancient dialogue with modern sophists
(true names and false names)*

EUGENIO SIVERTSEV y ROXANA DÍAZ
Universidad Estatal de San Petersburgo (Rusia)

Recibido: 22/03/15 Aceptado: 26/03/15

RESUMEN:

El presente artículo tiene como objetivo principal el análisis de los estudios de Platón sobre la lengua en su diálogo «Crátilo». Se interpreta la posición del filósofo, según la cual, si la lengua se aplica sin alteraciones, las palabras explican el contenido de las cosas de una manera correcta y adecuada. Partimos de la idea de que la metodología de Platón, respecto a la interpretación de la palabra, puede aplicarse para analizar la conciencia actual de la gente que vive una crisis de los valores éticos tradicionales.

PALABRAS CLAVE:

LENGUA, DISCURSO, NOMBRE, SIGNIFICADO, FALSEDAD,
CONCIENCIA, EXISTENCIA.

ABSTRACT:

The article discusses Plato's theory of language, in the form as it is presented in the Cratylus dialogue. The article elaborates on Plato's idea that words designate the nature of things they name if the language is used in the correct way. The authors suppose that Plato's methodology

of the interpretation of words can be applied for analyzing self-consciousness of modern man who lives in the era when the traditional ethical values are in crisis.

KEYWORDS:

LANGUAGE, DISCOURSE, IDEA, NAME, FALSE, CONSCIOUSNESS, EXISTENCE.

Ἐν ἀρχῇ ἦν ὁ Λόγος, καὶ ὁ Λόγος ἦν πρὸς τὸν Θεόν, καὶ Θεὸς ἦν ὁ Λόγος¹.

Κατὰ Ἰωαννῆν 1:1.

Llamar a las cosas por su nombre.

Erasmus de Rotterdam

TODA SU VIDA PLATÓN (427 – 347 a. C.) buscó los caminos para entender el enigma del universo, de nuestra existencia y de nuestro pensamiento. No obstante ninguna de estas cosas, no se observan directamente y necesitan alguna expresión intermediaria externa para poder ser analizados. Para el pensamiento resulta un intermediario ideal la lengua y el discurso. El diálogo de Platón que mejor refleja sus estudios sobre el tema y que más interpretaciones genera es «Crátilo» [Leky, 1919: 1; Méridier, 1931: 7; Pagliaro, 1956: 49; Azcárate, 1872: 68].

Los temas filológicos interesan al filósofo griego, ante todo, porque le permiten observar los procesos invisibles del pensamiento. El pensamiento se refleja en la lengua nacional cuando nos referimos a una sociedad en general, y en las palabras usadas cuando procedemos al análisis de un discurso personal. Perelmuter en sus estudios del diálogo «Crátilo» comenta: «El discurso le interesa a Platón en la medida de que le sirve para descubrir el pensamiento, ya que el análisis del enunciado permite sacar conclusiones sobre el pensamiento inaccesible para la observación directa» [Perelmuter, 1980: 153].

1 En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. (Juan 1:1)

Uno de los problemas centrales del dialogo es el de la exactitud del vocabulario que aplicamos en nuestro discurso, así como el problema de falsificación intencional o no intencional de su contenido [Losev, 1968: 599].

Hablando de la exactitud de las palabras -que Platón suele llamar «los nombres» según la tradición griega de su época (y así lo vamos a hacer en este artículo para facilitar el entendimiento de los fragmentos del diálogo)- Sócrates dice:

SÓCRATES. - ... ¡Claro que yo, personalmente, prefiero que los nombres tengan la mayor semejanza posible con las cosas! (...) Y es que, quizá, se hablaría lo más bellamente posible cuando se hablara con nombres semejantes en su totalidad o en su mayoría -esto, es, con nombres apropiados-, y lo más feamente en caso contrario. (435c)

En algunos estudios del siglo pasado esta frase la comentaron así: «Nuestra experiencia cotidiana parece no hacernos sospechar que unas palabras son mejores que otras para la comunicación» [Perelmutter, 1980: 145]. Sin embargo, las investigaciones lingüísticas actuales (sobre todo, en el campo de la programación neurolingüística) y las manipulaciones del idioma que se desarrollan, nos muestran, cada vez más, una situación contraria. Perelmutter subraya la importancia de esta cuestión para Platón que la trata en varias cartas suyas y en otros diálogos («El sofista», «Teetetes» entre otros). Este problema se puede formularse como «la verdad y la falsedad del enunciado». Pero en «Cratilo» Platón aplica dicha categoría a la palabra como a la «parte mínima» del enunciado.

El filósofo se ha dado cuenta de que los sofistas manipulaban los contenidos de los enunciados y discursos completos para llegar a falsas conclusiones. El «enemigo furioso» de los sofistas se daba cuenta de que esa gente logra todo lo que quiere mediante los juegos de palabras y que el idioma se hace su instrumento dócil convirtiéndose en un traidor [Goldsmidt, 1968: 13, 167; Luce, 1969: 231].

En el diálogo «Cratilo», Platón estudia el caso de la manipulación del contenido de las propias palabras, cuando una palabra asigna una cosa que no le corresponde y debería recibir otro nombre, a veces, incluso el contrario. Tal «eufemismo» de mala intención se convirtió en un instrumento difundido entre los sofistas que hacían a la gente llegar a cualquier conclusión deseada mediante «trucos» sutiles con palabras [Friedländer, 1930: 240; Goldschmidt, 1949: 46; Robinson, 1955: 228; Büchner, 1968: 102]. Platón mismo lo explica así en su diálogo «El sofista»:

EXTRANJERO. - Y bien, ¿no creemos que puede darse en los discursos un arte semejante? ¿No es posible que se engañe a los jóvenes, alejados aún de la verdad de las cosas, haciéndoles oír vanos discursos, mostrándoles de palabra imágenes

de todos los seres, convenciéndoles de que estas imágenes son la verdad misma, y que el que se las presenta es en todo el más instruido de los hombres? («El sofista», 324c)

En el mismo diálogo Platón propone la solución a este problema:

EXTRANJERO. - ...y que vean, en fin, desvanecerse por todas partes los fantasmas de aquellos discursos engañosos al contacto de los hechos y de la realidad. («El sofista», 324d)

El presente estudio se centra en los instrumentos que aplica Platón para resolver el problema de la posible alteración de la verdad en las palabras.

EL TEMA DEL «CRÁTILLO»

En el inicio del diálogo, Hermógenes pide a Sócrates que juzgue su debate con Crátilo sobre el carácter de la relación que existe entre las cosas y sus nombres. Hérmogenes mismo se hace partidario de los relativistas que afirman que la relación entre el nombre y la cosa denominada (su referente) no es más que una convención y un hábito:

HERMÓGENES. - Pues bien, Sócrates, yo, pese a haber dialogado a menudo con éste y con muchos otros, no soy capaz de creerme que la exactitud de un nombre sea otra cosa que pacto y consenso. Creo yo, en efecto, que cualquiera que sea el nombre que se le pone a alguien, éste es el nombre exacto. Y que si, de nuevo, se le cambia por otro y ya no se llama aquél -como solemos cambiárselo a los esclavos-, no es menos exacto éste que le sustituye que el primero. Y es que no tiene cada uno su nombre por naturaleza alguna, sino por convención y hábito de quienes suelen poner nombres. (384d)

Crátilo sostiene una posición contraria:

Cada uno de los seres tiene el nombre exacto por naturaleza. No que sea éste el nombre que imponen algunos llegando a un acuerdo para nombrar y asignándole una fracción de su propia lengua, sino que todos los hombres, tanto griegos como bárbaros, tienen la misma exactitud en sus nombres. (383b)

Antes de juzgar el tema de la relación que existe entre la cosa y su nombre, Sócrates busca una base firme que le servirá de criterio de juicio de las partes en disputa y la encuentra en la categoría de la «verdad y falsedad». Cabe reseñar un paso lingüístico y filosófico importante de Platón: la categoría de «verdad y falsedad», que antes se había aplicado solo al enunciado, en este diálogo se aplica a la palabra como tal.

EL NOMBRE EXACTO ES UN NOMBRE VERDADERO

Para empezar, Sócrates reprocha una actitud irresponsable al sistema antiguo del vocabulario mostrando su forma más extrema y absurda, en una aplicación de las palabras que altera su sentido habitual:

SÓCRATES. - Hermógenes, puede que, desde luego, digas algo importante. Conque considerémoslo: ¿aquello que se llama a cada cosa es, según tú, el nombre de cada cosa?

HERMÓGENES. - Pienso que sí.

SÓCRATES. - ¿Tanto si se lo llama un particular como una ciudad?

HERMÓGENES. - Sí.

SÓCRATES. - ¿Cómo, pues? Si yo nombro a cualquier ser..., por ejemplo, si a lo que actualmente llamamos «hombre» lo denomino «caballo» y a lo que ahora llamamos «caballo» lo denomino «hombre», ¿su nombre será hombre en general y caballo en particular, e inversamente, hombre en particular y caballo en general? ¿Es esto lo que quieres decir?

HERMÓGENES. - Pienso que sí. (385a)

A continuación Sócrates recuerda a Hermógenes la categoría de «verdad y falsedad» ya elaborada en la filosofía de la época en su aplicación al discurso:

SÓCRATES. - Prosigamos, pues. Dime ahora esto: ¿hay algo a lo que llamas «hablar con verdad» y «hablar con falsedad»?

HERMÓGENES. - Desde luego que sí.

SÓCRATES. - ¿Luego habría un discurso verdadero y otro falso?

HERMÓGENES. - Desde luego. (385a)

Luego Sócrates ofrece aplicar la categoría de «verdad y falsedad» al nombre como la parte mínima del discurso:

SÓCRATES. -¿Es posible, entonces, calificar al nombre de falso y verdadero, si también lo hacemos con el discurso? (385d)

En suma, en esta parte del diálogo se expone el criterio de evaluación de los nombres que va a aplicarse a lo largo del diálogo. Se trata de la categoría de «verdad y falsedad» que se traslada del contenido del discurso al contenido de las palabras. No obstante, una vez acordado el criterio de «verdad» como la base del juicio, surge otra pregunta: entonces ¿qué es la verdad?

«¿QUÉ ES LA VERDAD?» (JUAN 18:38)

Toda la actividad del ser humano se rige por su concepción del mundo. De la misma manera que la calificación de la actitud de los miembros de la sociedad y de nuestro propio comportamiento, como justo o injusto, depende de nuestro entendimiento del concepto de «verdad».

La posición de Hermógenes le parece a Sócrates el resultado de su entendimiento de la «verdad», desde el punto de vista de Protágoras, que afirma que «el hombre es la medida de todas las cosas» (386a). En otras palabras, no existe la verdad única para toda la gente sino que *cada uno tiene su propia verdad*: «lo que a cada uno le parece es la verdad para cada uno» (386d). Como consecuencia, hay tantas verdades cuantas personas hay. En la misma parte del diálogo Sócrates prueba la falsedad de tal entendimiento de la verdad:

SÓCRATES. - ¡Vaya! Veamos entonces, Hermógenes, si también te parece que sucede así con los seres: que su esencia es distinta para cada individuo como mantenía Protágoras al decir que «el hombre es la medida de todas las cosas» (en el sentido, sin duda, de que tal como me parecen a mí las cosas, así son para mí, y tal como te parecen a ti, así son para ti), o si crees que los seres tienen una cierta consistencia en su propia esencia.

HERMÓGENES. - Ya en otra ocasión, Sócrates, me dejé arrastrar por la incertidumbre a lo que afirma Protágoras. Pero no me parece que sea así del todo.

Asumiendo a priori que la gente no miente con intención, Sócrates continúa su revelación de la «verdad» protagorística:

SÓCRATES. - ¿Y qué? ¿También te has dejado arrastrar a la creencia de que no existe en absoluto ningún hombre vil?

HERMÓGENES. - ¡No, no, por Zeus! Más bien lo he experimentado muchas veces, hasta el punto de creer que hay algunos hombres completamente viles y en número elevado.

SÓCRATES. - ¿Y qué? ¿Nunca te ha parecido que hay hombres completamente buenos?

HERMÓGENES. - Sí, muy pocos.

SÓCRATES. - ¿Luego te ha parecido que los hay?

HERMÓGENES. - Sí, sí.

SÓCRATES. - ¿Cómo, entonces; formulas esto? ¿Acaso que los completamente buenos son completamente sensatos y los completamente viles completamente insensatos?

HERMÓGENES. - Tal me parece.

SÓCRATES. - ¿Entonces es posible que unos seamos sensatos y otros insensatos, si Protágoras dijo la verdad y la verdad es que, tal como a cada uno le parecen las cosas, así son?

HERMÓGENES. - De ninguna manera.

SÓCRATES. - Ésta es, al menos, tu firme creencia: que si existen la sensatez y la insensatez, no es en absoluto posible que Protágoras dijera la verdad. Pues, en realidad, uno no sería más sensato que otro si lo que a cada uno le parece es la verdad para cada uno.

HERMÓGENES. - Eso es. (386a-d)

Esta opinión que se remonta a la filosofía de Protágoras es una de las más difundidas hoy. No se trata de una mera pluralidad de opiniones (sobre la verdad) sino de la pluralidad de las verdades. Tal pluralidad rechaza una sólida verdad independiente a todas las opiniones personales y quita el criterio firme para entender la norma. El subjetivismo y relativismo extremo de Protágoras, y de algunos otros sofistas, fue inaceptable para Platón, especialmente porque permitía llegar a la idea de la falta de las normas comunes y obligatorias para todos, del convencionalismo y discreción de la moralidad de la vida humana. A partir de la posición del convencionalismo relativo cada uno podía sacar sus propias conclusiones. Eso

nos lleva al derecho ilimitado de realizar cualquier deseo y permite convencer a los demás a seguirnos. Contra tal teoría y tal práctica no dejó de luchar Platón durante toda su vida en sus numerosos diálogos contra los sofistas y el sofismo.

Mientras tanto, en el diálogo Hermógenes rechaza su pertenencia a tal posición filosófica confesando que, si bien antes le parecía atractiva, ahora no la comparte. Entonces Sócrates le pregunta si él pertenece a una posición contraria que proviene de la filosofía de Eutidemo. Según este último *toda le gente tiene la misma imagen de la verdad*:

SÓCRATES. -Pero tampoco, creo yo, piensas con Eutidemo que todo es igual para todos al mismo tiempo y en todo momento. Pues en este caso tampoco serían unos buenos y otros viles, si la virtud y el vicio fueran iguales para todos y en todo momento (386d).

Hace falta subrayar que Platón no mezcla el concepto de «verdad» con el concepto «lo bueno». «La verdad» no supone sólo la existencia de «lo bueno», ni «la falsedad», de «lo malo». La verdad es la capacidad para distinguir «lo bueno» de «lo malo» de una manera exacta, y por lo tanto la falsedad es la incapacidad para hacerlo. La visión falsa no permite al individuo ver las cosas con claridad y puede llevarlo a calificar «lo bueno» como algo malo, y «lo malo» como algo atractivo.

Basándose hasta el momento en la suposición de que ningún error se comete y ninguna mentira se dice con intención, Sócrates rechaza la posición de Eutidemo:

SÓCRATES. -Pero tampoco, creo yo, piensas con Eutidemo que todo es igual para todos al mismo tiempo y en todo momento. Pues en este caso tampoco serían unos buenos y otros viles, si la virtud y el vicio fueran iguales para todos y en todo momento. (386d)

Por eso Sócrates determina «la verdad» como lo que existe independientemente de la capacidad o incapacidad de la gente para entenderlo. El filósofo afirma que existe la *verdad única* para toda la gente, por mucho que se equivoque cada uno en su propia opinión:

SÓCRATES. - Por consiguiente, si ni todo es para todos igual al mismo tiempo y en todo momento, ni tampoco cada uno de los seres es distinto para cada individuo, es evidente que las cosas poseen un ser propio consistente. No tienen relación ni dependencia con nosotros ni se dejan arrastrar arriba ya bajo por obra de nuestra imaginación, sino que son en sí y con relación a su propio ser conforme a su naturaleza (386e).

En otras palabras, la verdad, la distribución de lo bueno y lo malo, existe fuera de nuestra conciencia. Lo bueno y lo malo son constantes y no dependen de nuestras opiniones sobre su naturaleza. Pero el entendimiento de estas categorías por cada uno, en efecto, puede alterarse según las condiciones particulares: experiencia personal, enseñanza, educación, cultura, normas aceptadas en una sociedad dada.

De modo que los errores posibles en las normas aceptadas y en las opiniones difundidas pueden incapacitar al individuo para percibir esa verdad común y para distinguir lo bueno de lo malo. En este caso la persona comete su error en una firme creencia de que hace algo bueno. Solo al final del diálogo Platón trata el problema del mal hecho con intención, y el problema de la alteración consciente de la verdad, que pueden llevar a toda la sociedad a los errores masivos.

Al final de diálogo Sócrates expresa su concepción de la verdad como lo bueno absoluto:

SÓCRATES. ...Porque considera, admirable Crátilo, lo que yo sueño a veces: ¿diremos que hay algo bello y bueno en sí, y lo mismo con cada uno de los seres, o no? (439d)

Este punto de vista de Sócrates se acerca a la posición cristiana: «Dios es amor» (1ª Juan 4:7-9). Mientras que muchas religiones entienden la verdad como una justicia superior que lleva el castigo del crimen y la recompensa por los hechos buenos, muchos científicos entienden la Inteligencia Superior en sus estudios como un absoluto imparcial e impasible que no expresa intenciones ni buenas ni malas.

«EL NOMBRE ES UN CIERTO INSTRUMENTO PARA ENSEÑAR» («CRÁTILLO», 388c)

En el inicio del diálogo, Sócrates y Hermógenes discuten el objetivo del nombre. Sócrates define el nombre como «un cierto instrumento para enseñar y distinguir la esencia» (388c) que sirve para conocer el mundo: «El que descubre los nombres descubre también aquello de lo que son nombres» (436a). Así llega a la conclusión de que «el que conoce los nombres conocerá también las cosas» (435e).

A la vez, los nombres que damos a las cosas reflejan la imagen que tenemos de estas en nuestro pensamiento y permiten saber «cuál era la opinión que tenían [los nominadores] cuando les pusieron nombres» (401a).

No obstante, la lengua y el discurso no son solo reflejos del proceso invisible del pensamiento, sino un instrumento para controlar y guiar este proceso, un instrumento de creación de la concepción del mundo. Tras las palabras se

pueden modificar ideas, conceptos y opiniones personales y, como consecuencia, cambiar la actitud y el comportamiento de la persona y de la sociedad en su totalidad.

EL LEGISLADOR-NOMINADOR Y EL RIESGO DE SUS ERRORES

Al tratar el tema de la posible responsabilidad del nominador, Sócrates no excluye el riesgo de su error fortuito en el proceso de denominación. Lo que puede guiar a sus seguidores en una dirección equivocada:

SÓCRATES. - Veamos, pues, Crátilo. Reflexionemos: si uno busca las cosas dejándose guiar por los nombres –examinando qué es lo que significa cada uno-, ¿no comprendes que no es pequeño el riesgo de dejarse engañar?

CRÁTILO. -¿Cómo?

SÓCRATES. - Es obvio que tal como juzgaba que eran las cosas el primero que impuso los nombres, así impuso éstos, según afirmamos. ¿O no?

CRÁTILO. - Sí.

SÓCRATES. - Por ende, si aquél no juzgaba correctamente y los impuso tal como los juzgaba, ¿qué otra cosa piensas que nos pasará a nosotros, dejándonos guiar por él, sino engañarnos? (436b)

Para evitar las consecuencias de tales errores (suponiendo que los legisladores-nominadores no han puesto los nombres falsos con mala intención) Sócrates busca los métodos para verificar los nombres ofrecidos en caso de que estos resulten falsos.

MÉTODO DE DESCUBRIR LA VERDAD, SI EL NOMBRE RESULTA FALSO

Los nombres falsos pueden surgir como resultado de un error imprevisto; o, peor aun, puestos con una mala intención para plantear una nueva concepción del mundo a las futuras generaciones; o en una discusión donde una parte pretende saber la verdad y ofrecer sus nombres, y otra propone otras contrarias. Entonces ¿cómo entender quién está equivocado y quién posee la visión correcta de las cosas?

SÓCRATES. - Por tanto, si los nombres se encuentran enfrentados y los unos afirman que son ellos los que se asemejan a la verdad, y los otros que son ellos,

¿con qué criterio lo vamos ya a discernir o a qué recurrimos? Desde luego no a otros distintos -pues no los hay-, conque habrá que buscar, evidentemente, algo ajeno a los nombres que nos aclare sin necesidad de nombres cuáles de ellos son los verdaderos; que nos demuestre claramente la verdad de los seres. [...] Por consiguiente, es posible, según parece, conocer los seres sin necesidad de nombres -siempre que las cosas sean así. (438d)

En esta parte de diálogo Sócrates elabora el método para comprobar la veracidad de un nombre que pretende ser verdadero:

SÓCRATES. - ¿Entonces por qué otro procedimiento esperas todavía poder conocerlos? ¿Acaso por otro distinto del que es razonable y justísimo, a saber, unos seres por medio de otros, si es que tienen algún parentesco, o ellos por sí mismos? Pues, sin duda, un procedimiento ajeno y distinto de ellos pondría de manifiesto algo distinto y ajeno pero no a ellos. [...] ¿Es que no hemos acordado muchas veces que los nombres bien puestos son parecidos a los seres de los que son nombres y que son imagen de las cosas? [...] Por consiguiente, si es posible conocer las cosas principalmente a través de los nombres, pero también por sí mismas, ¿cuál será el más bello y claro conocimiento: conocer a partir de la imagen si ella misma tiene un cierto parecido con la realidad de la que sería imagen, o partiendo de la realidad, conocer la realidad misma y si su imagen está convenientemente lograda?

CRÁTILLO. - Me parece forzoso que a partir de la realidad.

SÓCRATES. - En verdad, puede que sea superior a mis fuerzas y a las tuyas dilucidar de qué forma hay que conocer o descubrir los seres. Y habrá que contentarse con llegar a este acuerdo: que no es a partir de los nombres, sino que hay que conocer y buscar los seres en sí mismos más que a partir de los nombres. (439a-b)

Esta última frase de Sócrates, se la puede considerar la clave para resolver el problema principal del diálogo «discusión entre los nombres verdaderos y los nombres falsos»: «que no es a partir de los nombres, sino que hay que conocer y buscar los seres en sí mismos más que a partir de los nombres» (439b).

EL CONTENIDO DEL NOMBRE DEBE REFLEJAR LA VERDAD

Para ilustrar cómo el nombre puede corresponder a la realidad o falsificarla, Platón recurre a la motivación de la palabra (o a «la forma interna»). Para explicarla, el filósofo da varios ejemplos de los nombres propios con el significado «rey», «general», «médico»:

SÓCRATES. - Para mí que también éste [Héctor] tiene una cierta semejanza con Astyánax y que estos nombres parecen griegos. Pues Anax y Héctor significan casi lo mismo, uno y otro son nombres de rey: en efecto, si uno es «señor» (ánax) de algo, también es, sin duda, su «dueño» (héctor). Es evidente que lo domina, lo posee y lo «tiene» (échei). (393a)

Sócrates recomienda dar los nombres semejantes a las cosas de la misma naturaleza: «Si de un rey nace un retoño, hay que llamarlo rey» (393d). Esta idea se repite varias veces en el diálogo:

SÓCRATES. - Al menos es justo, según se me pinta, llamar león al fruto del león y caballo al fruto del caballo. (393b)

SÓCRATES. - [...] En efecto, de un rey procederá un rey, de un bueno uno bueno, de un bello uno bello e, igualmente, en todos los demás casos: de cada raza nacerá un producto semejante... (394a)

Sin embargo, al dar la recomendación anterior Sócrates aconseja no dar un nombre semejante por herencia si dentro de la raza se produce una anomalía. En estos casos, el filósofo recomienda llamar la cosa con su nombre exacto y no darle el nombre habitual:

SÓCRATES. - [...] E, igualmente, en todos los demás casos: de cada raza nacerá un producto semejante, siempre que no surja un monstruo. (394a)

SÓCRATES. - [...] De ningún modo me refiero a si de un caballo nace, como monstruo, un ser distinto de un caballo. Me estoy refiriendo a aquello que es fruto de la generación natural. Si un caballo engendra contra natura un ternero, que es, por naturaleza, fruto de un toro, no hay que llamarlo potro, sino ternero. Tampoco, pienso yo, si de un hombre nace lo que no es fruto de hombre, hay que llamar hombre a este fruto. Y lo mismo sucede con los árboles y con todo lo demás. (393c)

Sócrates da la misma recomendación para los nombres de la gente: dar a un hijo el nombre semejante al de su padre, salvo que el hijo no herede las calidades de su padre, o peor, posea unas contrarias.

SÓCRATES. - Pues bien, a los seres que nacen conforme a naturaleza habrá que darles los mismos nombres.

HERMÓGENES. - Desde luego.

SÓCRATES. -¿Y qué haríamos con los que nacen contra natura, los que se originan bajo la forma de monstruos? Por ejemplo, si de un hombre bueno y piadoso nace un impío... ¿no es cierto, como decíamos antes, que si un caballo tenía un engendro de bovino, no debía llevar el nombre del padre, sino el de la raza a la que pertenece?

HERMÓGENES. - Desde luego.

SÓCRATES. - Luego también al impío que nace del piadoso habrá que asignarle el nombre de su estirpe.

HERMÓGENES. - Eso es.

SÓCRATES. - No el de Theóphilos ni el de Mnēsítheos* ni ninguno por el estilo, sino el que significa lo contrario a éstos - si es que en verdad los nombres participan de la exactitud. (394d-e)

*Theóphilos es «Protegido de los dioses», y Mnēsítheos, «El que piensa en los dioses» [Notas al diálogo].

En definitiva, la sentencia de que es necesario llamar «norma» a la norma, y «anomalía» a la anomalía, es una de las más básicas en el «Cratilo», junto con la sentencia que afirma que el nombre exacto es el que indica las características exactas de la cosa. Para explicar bien esta idea Sócrates de nuevo vuelve a este tema en los prolegómenos de su conversación con Cratilo, poniendo como ejemplo ilustrativo las diferencias en el género:

SÓCRATES. -Antes que nada, examina esto otro: ¿podría atribuirse a un hombre la imagen de un hombre y a una mujer la de una mujer e, igualmente, en los demás casos?

CRÁTILLO. - Desde luego.

SÓCRATES. -¿Y lo contrario: el de un hombre a una mujer y el de una mujer a un hombre?

CRÁTILLO. -También esto es posible.

SÓCRATES. - ¿Acaso son correctas ambas atribuciones? ¿O una de ellas?

CRÁTILO. - Unas de ellas.

SÓCRATES. - Supongo que la que atribuye a cada uno la que le es propia y semejante.

CRÁTILO. - También yo lo supongo.

SÓCRATES. - Entonces, para que no entablemos un combate verbal tú y yo que somos amigos, acéptame lo que te digo: esta atribución, amigo mío, es la que yo llamo correcta en ambas imitaciones -la pintura y los nombres-, y en el caso de los nombres, además de correcta, verdadera. En cambio, a la otra, la atribución y asignación de lo desigual, la califico como incorrecta y falsa cuando se trata de nombres. (430c-d)

La idea de que es necesario darle el nombre exacto a las cosas, y que *el nombre verdadero es el que refleja la realidad de manera exacta*, Platón vuelve a justificarla en muchos otros diálogos.

HERMÓGENES ¿ES «HERMÓGENES»?

Finalmente Sócrates procede al juicio de la disputa de los dos filósofos que lo llamaron para juzgarlos. Hermógenes ofendido se queja de que Crátilo no le reconoce la propiedad de su nombre:

HERMÓGENES. - [...] Así que le pregunto si su nombre, Crátilo, responde a la realidad, y contesta que sí. «¿Y cuál es el de Sócrates?», pregunté, «Sócrates», me contestó. «¿Entonces todos los otros hombres tienen también el nombre que damos a cada uno?» Y él dijo: «No, no. Tu nombre, al menos, no es Hermógenes ni aunque te llame así todo el mundo». (384a)

Entonces Sócrates investiga la etimología de su nombre:

SÓCRATES. - En realidad, parece que Hermês tiene algo que ver con la palabra al menos en esto, en que al ser «intérprete» (*hermēnea*) y mensajero, así como ladrón, mentiroso y mercader, toda esta actividad gira en torno a la fuerza de la palabra. (408a)

HERMÓGENES. - ¡Por Zeus! Entonces me parece que Cratilo afirma con razón que yo no soy Hermogénēs (nacido de Hermes): y es que no soy diestro en la palabra. (408b)

Tales inexactitudes en la asignación de los nombres propios Sócrates las explica como el resultado de los nombres dados como un deseo de bienestar de los padres o según sus propios nombres, lo que no llega a significar que el hijo se parezca a su padre o que el deseo se cumpla:

SÓCRATES. - [...] En realidad, los nombres de héroes y hombres podrían llevarnos a engaño: muchos de ellos han sido puestos conforme al apelativo de sus antepasados, aunque no les conviniera a algunos, como decíamos al comienzo; y otros muchos se ponen expresando un deseo, como Eutykidēs, Sōsías y Theóphilos* y muchos más. (397b)

* Eutykidēs es «Buenaventura»; Sōsías, «Bien librado», y Theóphilos, «Protegido de los dioses» [Notas al diálogo].

De dicha incompatibilidad del nombre y del carácter surgen unas paradojas como en el caso de Hermógenes. Así, a alguien que carece de fortuna se lo llaman «afortunado», al cobarde «valiente», al malhechor «piadoso», entre otros. Finalmente Sócrates pronuncia:

SÓCRATES. - [...] ¿Diremos que aquí Hermógenes ni siquiera posee este nombre, habida cuenta de que nada tiene que ver con la progenie de Hermes? ¿O que sí lo tiene, pero no de forma correcta en absoluto? (429c).

En este contexto parece interesante el ejemplo del mismo Platón, a quien conocemos por su apodo. Su nombre original era Aristocles. El nombre «Platón» que a pie de letra significa «ancho», el filósofo lo recibió de su maestro de deporte, por ser ancho de espaldas. El apodo arraigó tanto, que acabó sustituyendo al nombre dado de nacimiento y se quedó escrito sobre sus obras inmortales.

PLATÓN Y LOS SOFISTAS MODERNOS

Las ideas de Platón sobre la lengua y el pensamiento expresados en el presente estudio pueden servir de base para el análisis de las tendencias actuales. Hoy en día sigue desarrollándose el antiguo diálogo, pero ya con los sofistas modernos. En términos generales se puede determinar como el diálogo entre la religión y la posición secular.

En su forma radical, el secularismo se encarnó en la teoría de la evolución de Darwin. Para la posición cristiana (y casi en todas las religiones mayoritarias) las personas están creadas a imagen de Dios: «Creó, pues, Dios al hombre a

imagen suya» (Génesis 1:27). Lo que no solo prolonga la vida humana de sus 80-90 años a una eternidad (!), sino cambia también la actitud de la sociedad a la gente y de cada uno a su propio ser. Cada persona resulta la imagen de Dios, un icono sagrado, lo que da el entendimiento de su propio ser como de «algo bello y bueno en sí, y lo mismo con cada uno de los seres» (Crátilo, 439d). Lo que hace a cada uno pensar constantemente en la Imagen original y comparar su propio ser con esta Imagen y orientándose en cada momento en los ideales correspondientes. Y por muy lejos que estuviera su propia existencia de la ideal siempre va a orientarse a este ideal más elevado.

La posición secular, siguiendo las conclusiones lógicas de la idea de Darwin, ve al ser humano como a un animal aunque bastante desarrollado. (La biología contemporánea hace mucho que negó la primera variante de la teoría de Darwin y la substituyó con su variante modernizada conocida como la teoría de saltacionismo). Pero en general, la percepción de sí mismo como un animal entre otros, crea una situación vulnerable haciendo que nos orientemos a los «ideales» de la vida salvaje.

En comparación con el mundo carnívoro, el hombre siempre sale algo más desarrollado. Al menos así ha parecido hasta el momento. Sin embargo, en esta imagen siempre falta la necesidad de orientarnos a los valores más humanos. Ya que en este caso nuestra humanidad se interpreta solo como resultado de nuestra evolución del mono al «mono sabio» llamado «el hombre». Tal humanismo aunque esté aplaudido, siempre resultará secundario y complementario, jamás primario y obligatorio. Nuestro alejamiento de la perfección que se considera una norma ideal: «Sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mateo 5:48), se interpretará como algo natural y sin necesidad de cambiar la situación. Ya que siempre habrá una explicación satisfactoria a nuestro comportamiento en el mundo de los animales que nos servirá de excusa de nuestra imperfección y de la falta de necesidad para buscarla.

Las creencias de la persona conforman su mundo, su vida, su comportamiento y sus ideales. Nuestras ideas rigen nuestra vida. Y en la discusión de la idea y la materia, el espíritu y el cuerpo, el contenido y la forma, gana el primero con todas las consecuencias que esta lleve para su propia vida en particular y para la sociedad en general. De tal manera, eligiendo el nombre para las cosas, se puede crear su imagen en nuestra conciencia y determinar nuestra actitud hacia ellas y el comportamiento correspondiente.

En este contexto las ideas introducidas y actualmente dominantes en la conciencia de masas (las ideas de Darwin multiplicadas por la doctrina de «Sobrehombre» de Nietzsche y por el psicoanálisis de Freud) sirven de base para la modificación continua de la conciencia de la sociedad mediante las manipulaciones con la lengua (programación neurolingüística). Los ejemplos más comunes de la manipulación de palabras, que sucedieron ante nuestros

ojos durante todo el siglo anterior, hoy en día entran en una fase exacerbada, cuando no peligrosa. Y son solo los primeros resultados de la sustitución global de los hechos reales por los imaginarios que hoy en día va aumentando a velocidades increíbles. ¿Cui bono?

No obstante, unos ejemplos más horrorizantes se puede observar en el campo de nuestra vida cotidiana, sobre todo, en sus impactos a la mujer. Todos nosotros fuimos los testigos de la sustitución de la palabra «matanza», por una más neutra «aborto» de significado «desetimologizado» y por eso no tan claro. No tantas mujeres se atreven a «matar», pero la mayoría no ve ninguna trampa en «abordar» a sus propios hijos. Y hablando de los derechos del ser humano uno se pregunta: «Entonces el derecho para vivir ¿ya no cuenta?» Al menos no para los inocentes no-nacidos. ¿Quizás porque todavía no tienen derecho a votar? Así el bebé es un simple desagrado de un proceso bien agradable.

La misma palabra «amor» y la idea elevada que le corresponde hoy en día, se redujo a un mero proceso táctil, a unos placeres corporales («hacer el amor»). La familia como tal está por desaparecer. Hoy ya nos enseñan (y lo hacen de una manera muy agresiva y muy poco tolerable) que hay otro tipos de familias aparte de la única creada por Dios: «Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó» (Génesis 1:27). Hasta el sentido de las palabras «el hombre» y «la mujer» (que Platón puso en el diálogo como el más cierto ejemplo para ilustrar sus ideas) queda difuminado desde el punto de vista de la teoría de género.

En el fondo de tales ideas introducidas en la conciencia de masas, los animales ya no nos parecen tan salvajes. Es más, su comportamiento ya parece un modelo de justicia y moralidad elevada en comparación con el del ser humano. Al menos los animales no matan a sus crías, ni dejan morir a los que se quedan sin padres. Por supuesto, en cada caso hay alguna excepción (tanto positiva como negativa), pero que no pretende ser norma. Sin embargo, el ser humano logró *superar* a todos los animales en su capacidad de violar la norma y pervertir todo lo que se puede y lo que no se puede también. Lo que hace suponer que en poco tiempo de algunos de nosotros ya «involucionaremos» hacia los monos.

En este contexto parecen actuales los métodos que nos propone Platón para defendernos de los sofistas modernos y resistir a sus imágenes falsas que perturban el origen y el objetivo de nuestra existencia. El proceso de deshumanización del ser humano a través de la falsificación del sentido de palabras tiene mucho éxito hoy. Ya no se trata del comportamiento orientado a la Imagen más elevada ofrecida por distintas religiones, hoy en día la tarea consiste en recuperar en el hombre al menos la imagen del «animal civilizado».

Es evidente que la gente, que cae víctima de estos ataques masivos y muy bien pensados, no tiene firmes sus convicciones. La propia idea de la «norma»

está por desaparecer. La intentan sustituir por la filosofía de Protágoras que declara la «norma en ausencia de toda la norma». Es más, la variante modernizada de su filosofía plantea el concepto de la «norma que es toda la cosa salvo la verdad». La gente que se deja llevar por todo tipo de sofismo moderno es la que no puede protegerse con sus creencias religiosas, ni tradiciones éticas de sus antepasados.

No lograríamos encontrar gente que mata a sus hijos no nacidos entre los musulmanes. Porque ellos sí que quieren a sus niños. Tampoco vamos a ver entre ellos a los que tienen «otro punto de vista» al amor, a la familia y a la pareja. Porque la autoridad de la Palabra Divina de su religión le va a resultar más importante que cualquier cambio artificial en el sentido de las palabras. Su visión del mundo podrá aguantar todo tipo de ataque informativo por mucho que lo intenten los medios de comunicación. Al menos, hasta que los «legisladores-nominadores» contemporáneos no inventen algún otro tipo de influencia más sofisticado. Sin embargo, la mayoría que no tiene la imagen del mundo y el concepto de la norma tan firmes, cada día sigue marcadas por los ataques masivos de los «nombres» falsos.

En definitiva, la respuesta a la pregunta y ¿qué es un nombre verdadero? puede formularse como: «el nombre verdadero es un nombre que refleja bien la realidad» sin ocultarla ni falsificarla. Un tema parecido en Plutarco, Erasmo de Rotterdam tradujo como hace falta «llamar a las cosas por su nombre». Ya que el instrumento principal en el diálogo con los sofistas modernos sigue siendo el «logos».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AZCÁRATE, P. de. (1871-72). *Notas*. – En: Obras completas de Platón. Madrid.
- BÜCHNER, K. (1968). *Platons Kratylus und die moderne Sprachphilosophie*. – En: *Büchner K. Studien zur Römischen Liteatur*. Bd 7. Griechisches und Griechisch-Römisches. Wiesbaden.
- FRIEDLÄNDER, P. (1930). *Die Platonischen Schriften*. Berlin, Leipzig.
- GOLDSCHMIDT, V. (1940). *Essai sur le «Cratyle»*. Paris.
- LEKY, M. (1919). *Plato als Sprachphilosoph* (Würdigung des platonischen Kratylus). Paderborn.
- LOSEV, A. F. (1968). Notas críticas al diálogo «Crátilo». – En: *Platón. Obras* en 3 vol. Vol. 1. Moscú.
- LUCE, J. V. (1969). Plato on truth and falsity in names. – *The Classical Quarterly* (New Ser.), vol. 19, N 2.
- MÉRIDIÉ, L. (1934). Notice. – En: *Platon. Oeuvres complètes*, T. 5. Cratyle. Paris.
- PAGLIARO, A. (1956). Struttura e pensiero del «Cratilo» di Platone. – En: Pagliaro

A. Nuovi saggi di critica semantica. Messina, Firenze.

PERELMUTER, I. A. (1980). Platón. – En: *Historia de Estudios Lingüísticos. Antigüedad*. Academia de Ciencias de la URSS. Leningrado.

PLATÓN. (1871). *Obras completas. Tomo 3*. Patricio de Azcárate. Madrid, Medina y Navarro editores.

PLATÓN. (1871). *Obras completas. Tomo 4*. Patricio de Azcárate. Madrid, Medina y Navarro editores.

ROBINSON, D. (1955). The theory of names in Plato's Cratylus. – *Rev. intern. de philos.*, N 32.

EUGENIO SIVERTSEV es profesor Titular de la Universidad Estatal de San Petersburgo (Rusia). Facultad de Filosofía. Departamento de Filosofía de la Ciencia. Doctor en Cc. de la Filosofía de la Religión (1992). Licenciado en Cc. de la Filosofía de la Religión (1985).

Líneas de investigación:

Filosofía Existencial y Postmoderna, Teoría del Conocimiento Positivista, Relación entre Religión y Ciencia, Problema Filosófico de la Teoría de la Evolución, Existencia de Dios en la Filosofía Postmoderna.

Publicaciones:

Es autor de los manuales de la Filosofía de Ciencias para los estudiantes de postgrado (Master, Doctorado) junto con el Dr. A. S. Mamzin, Profesor Titular de la Universidad Estatal de San Petersburgo, Doctor en Cc. de la Filosofía, Doctor en Cc. Biológicas:

SIVERTSEV E. Yu., MAMZIN A.S. (2014). *Filosofía e Historia de la Ciencia*. Manual para los estudiantes de postgrado. (2ª edición revisada y ampliada). Moscú. Editorial: Yurait. 368 pág. ISBN: 978-5-9916-2997-3

SIVERTSEV E. Yu., MAMZIN A.S. (2013). *Filosofía e Historia de la Ciencia*. Manual para los estudiantes de postgrado. Moscú. Editorial: Yurait. 360 pág. ISBN: 978-5-9916-2525-8

Correo electrónico: pajaro@mail.ru

